



VOL 82 N° 2
ABRIL 2014

Ilustración

GERMAINE BONIFACIO

(Artista plástica argentina contemporánea)

La obra de Germaine Bonifacio nos inserta en un acto emocional pero hunde su motivación en la causa profunda del hombre actual. No deja de vaciarse en un desgarramiento inicial para constituirse en el matiz del dolor que le dio origen. Cada pintura es un fragmento, refuerza esa porción de experiencia que desagua en el arte, el cual también es usado para preservar la conciencia. Se buscan signos, símbolos y pensamientos en anatemas que evitan ser denegados a ultranza por el resto de los mortales. Se disfraza la idea para evitar la condena. Todo lo acontecido en la emotividad de su creación forma parte de esta contradicción. Esto le permite la vigencia y superar situaciones límite. Superponerse a los precarios momentos. Sin esa dualidad la vida no sería posible. La contradicción es un acto de fe, una tabla de salvación que responde a necesidades tan misteriosas que pueden considerarse místicas o por lo menos incomprendidas. En su génesis la artista plástica denuncia con sus obras a las dos soledades: la existencial y la de los hombres.

El acontecimiento de nacer es oscuro para el conocimiento, no arrastra un sentimiento previo. Desde la inconsciencia de la nada todo parece ser un acontecimiento desprovisto de historia. En el otro extremo de la existencia, la muerte se constituye en un hecho que cuenta con una crónica encadenada y fragmentada en la memoria del sujeto. Ese acontecer sucedido es el proyecto. Es el destino inapelable a cualquier derrotero del ser durante la existencia. Este es el tema trascendental de la filosofía. Sin la muerte ella se deshila. La filosofía llega hasta sus puertas con imposibilidad racional y consciente. Entonces se aboca al poder de la existencia terrenal soslayándose el no-ser y sus derivaciones incontestables: ¿Cuál es el sentido de un ser con conciencia humana? ¿Por qué del origen? ¿Qué encierra el proyecto de muerte? En la razón no existe la nada como absoluto. En todo caso podemos hablar de nada consciente o inconsciencia de la materia/energía. El proyecto del ser es limitado. Se abre hasta un punto. Luego irremediamente se sella con una línea oscura a la que se ingresa con el miedo de perder la conciencia, lo cual ciertamente inhabilita al temor. Esta es una comprensión desatada desde el nudo de la naturaleza. Para ampararnos creamos desde



"Ciruelo floreciendo"

Técnica mixta sobre tela, 150 x 120 cm, 2013



"Enajenado"

Técnica mixta sobre tela, 140 x 140 cm, 2013

nuestro pensamiento artilugios que nos ayuden a no desesperar. Nos amparamos en duda y fe. La primera es el escepticismo y la segunda la esperanza. Y vamos con ella discuriendo en su limitación absoluta, de la cual no podemos escapar. Presos entre dos extremos ciertos, nacimiento y muerte, nos queda entre ellos una libertad que tampoco es absoluta. La limita el prójimo, el ágape. En estos entes de máxima existencia racional se inserta la dignidad humana, su moral y su ética. Con ella debemos hacernos cargo de controlar nuestros instinto, sentimiento y razón. Con el sentimiento el sujeto expresa su máxima subjetividad. La razón y el instinto pertenecen al desarrollo evolutivo. Con el sentimiento solo persiste la más frágil perseverancia a la que el hombre puede llegar en su vieja lucha por estar.

Necesitamos saber cuál es lo infranqueable. El punto del no-ser en el límite de la conciencia lo es. Más allá el escepticismo y la fe no devuelven ninguna interpretación a nuestra racionalidad de hombre, el que siempre se ubicó en la luz. Antropocentrismo que se fue desgarrando en cada paso de su conocimiento. La causalidad apetecida le fue demostrando que no habitaba el centro del cosmos, ni era un producto acabado de la naturaleza, tampoco era dueño absoluto de sus acciones o podía refugiarse en el determinismo. Esa ubicuidad hegemónica que pretendían los iluministas se apagó. Desde la razón se aquietó en el miedo para poder penetrar en esa frontera de la muerte. La duda y la fe se compadecieron del hombre. No hay lugar para la negación. Esta es parte de la fe. En este caso el no-ser es incompatible con la racionalidad de la nada, de donde parte la negación. Solo es fe negativa.

La historia es un hecho que se imagina lineal, pretendidamente determinante. Se confunde con su continuidad, la que se establece a través de hechos y acontecimientos y es razonablemente imprevisible. Y esto ha constituido la mayor utopía humana ya que los individuos, las sociedades, las civilizaciones no se encadenan en linealidades. Se fragmentan en procesos de azar e incertidumbres. La filosofía suele plantearse estos problemas al serle infranqueable el tema de la muerte. La observancia sobre los sistemas de poder ha ido ocupando sus espacios. Las preguntas fundamentales que expliquen el nacimiento y la muerte han sido opacadas por la conciencia limitada en la comprensión de dichos dilemas.

Con el poder el hombre busca desesperadamente hallar su último refugio ante lo inexplicable de franquear la muerte con la razón. El artista aún lucha por la inmortalidad, aunque ahora refleja con su obra el mundo posmoderno. Las sociedades se amparan en estados totalitarios. Vuelven siempre a él. Necesitan inconscientes un líder en la manada para refugiarse tranquilos en sus decisiones y para ver en él a su propio proyecto. Generalmente el hombre copia. Desdeña ser el pro-yecto abierto a la libertad. El artista ha entendido el mundo de hoy, por eso sus obras ya no son ciclópeas, sino circunstanciales, de acontecimientos que

desaparecen, fugaces, impensados. El mundo actual descreo de las utopías que alimentaron en los años 60 a las transformaciones sociales como el mayo francés. Un tecnocapitalismo más utópico aún se encargó de conducir a la innata búsqueda de poder que desea el hombre, vaciando de todo contenido a esos procesos sociales. Amparados en relatos cortos y exitosos, en el uso de la verdad/poder con que se fabrican exactitudes, la complementariedad necesaria en la ecuación social se divorcia. Libertad del ser y justicia social yacen aislados en discursos en que se combate por la verdad a despecho del anónimo. Este trance actual de desesperanza y transitoriedad lo denuncia el arte de la posmodernidad. Mientras se buscan otras utopías en este *interregno medieval* el arte se vuelve emocional, expresionista, sujeto a un orden-caos deconstructivo y no concluyente. Persigue denunciar que el hombre al caminar lejos de las utopías pierde el sentido emocional para ocupar su drama con el poder. En este devenir el horizonte debe ser cambiar el régimen político, económico, institucional de producción de la verdad.

No se puede construir una sociedad con el éxito del poder. Solo es factible utilizar la verdad que emana de él para lograr el éxito del otro. El humanismo debe partir del hombre, no se halla incorporado a su idiosincrasia. Se halla basado en el hombre abierto, pro-yecto hacia el prójimo. El hombre primero debe existir para ser. Esto no lo declara un ser humanista. Su antropocentrismo ha sido parte del poder que ha desjerarquizado a la periferia humana y no humana. Debe aquilatar que está en el cosmos en una etapa de conciencia insuficiente en la comprensión de su verdadera naturaleza. El presente contiene una limitación humana que solo es comprensible para unos pocos, los que entienden con el sentimiento. Los que utilizan a ultranza el instinto y su camuflaje, la razón, terminan deshumanizando a ese intento llamado hombre. Este estado de raciocinio insuficiente lleva al ser a posiciones diferentes ante la existencia: escepticismo y fe, o sea duda y creencia, ya que la negación nihilista está inserta en una credibilidad, aunque sea negativa. Con la razón la verdad es solo una aproximación.

Germaine Bonifacio va recogiendo sensibilidades sin saber de sí. Una agonía la lleva a otra y es el motor de su creación. Intenta ser. Explicarse. Vaciar en cada oportunidad sin dejar ni un solo ápice de su emoción oculta. Sus pinturas son relatos pequeños en extensiones, discontinuos, no lineales, sometidos a quiebres y ajenos a las persistencias. Circunstanciales. Delatan la ruptura con la linealidad histórica. Fragmentos del hombre terrenal. En la obra de la artista se declara una historia en el sujeto, suma de acontecimientos temporales, azarosos. Ya no sufre el ser por no construir un hecho continuo, se adapta a los acontecimientos. Los artistas de la posmodernidad se introducen en esta insidiosa intriga que nos plantea estar existentes, cuyo resultado dista aún de ser develado.